



Quiosco de la Luz (1910), fue el primer edificio construido totalmente en cemento nacional de la fábrica de los hermanos Samper Brush, para la Exposición del Primer Centenario de la Independencia. Es una copia del Petit Trianón que mandó construir María Antonieta, esposa de Luis XVI, en los jardines del Palacio de Versalles, al suroriente de París. Fotografía: Pedro María Mejía Villa.

# La bohemia en Bogotá a principios del siglo XX, La Gruta Simbólica y el parque de La Independencia

Gerson Vanegas Rengifo\*

*Que abran el parque de los profetas  
Y los dejen venir hasta mí, con sus salientes ojos alucinados,  
Sus arremolinadas greñas, sus barbas cundidas de piojos  
Y sus inciertas piernas de ebrios de Dios.  
Que los dejen llegar hasta nosotros, pues necesitamos su testimonio.  
Su demencia corrobora nuestra razón  
Y sus palabras nuestro designio.*

*El sueño de las escalinatas (1964), Jorge Zalamea Borda.*

---

\* Santa Marta, 1980. Escritor. Ha trabajado como reseñador en el Fondo de Cultura Económica, Filial Colombia, e hizo parte de los comités evaluadores de lectura en Fundalectura. Sus intereses investigativos se centran en el estudio de la literatura latinoamericana y colombiana de los siglos XIX y XX, la crónica urbana y los vínculos de la literatura con el cine y la ciudad. Es profesional en Estudios Literarios y diplomado en Análisis y Crítica Cinematográfica de la Pontificia Universidad Javeriana. Actualmente adelanta la maestría en Comunicación en la misma universidad.

**H**ablar de la bohemia hoy en día no solo parece un asunto del pasado, uno que atraería únicamente a curiosos o investigadores, sino también un asunto de actualidad, pues no faltan las personas intrigadas en saber cómo era su ciudad, que ha cambiado o ha seguido siendo igual, qué hacían sus habitantes para distraerse, cuáles eran los lugares frecuentados para determinada actividad, etc. Incluso, hay quienes se preguntan por qué o a qué se debe el reconocimiento que aún tienen ciertos intelectuales que escribieron o cantaron un poco sobre ella, poetas y artistas que quizá hemos oído mencionar en programas de televisión o leído en revistas culturales, o cuando no por boca de amigos, profesores o algún miembro de la familia por quienes nos enteramos que alguna vez existieron.

El presente artículo tiene por objeto recordar la existencia de un grupo de poetas y periodistas que, con su ingenio y humor, alegraron mediante sus improvisaciones poéticas y chistes más de una fría noche bogotana de principios del siglo pasado. Se trata de hacer un breve pero sustancioso recorrido por una ciudad muy aislada de lo que ocurría en gran parte del mundo y, con un ambiente para nada propicio a celebraciones, debido a los odios partidistas y a la pobreza existente en sus calles. Ese fue el panorama que caracterizó esos primeros años del siglo XX y que tuvo efectos no solo en el ánimo de los habitantes de la capital, sino en el de otras ciudades de la República, como se puede constatar en los moderados y escasos festejos por el centenario de la Independencia que tuvieron lugar por toda Colombia en 1910.

## La bohemia y La Gruta Simbólica

En Colombia, y en particular en la historia de la literatura colombiana del siglo pasado, el caso más llamativo en cuanto a lo que se conoce como la bohemia, esa especie de “transformación vital” generada por los procesos modernizadores que viven las ciudades, según la tesis que sostiene en uno de sus trabajos sobre el tema el historiador Manuel Bernardo Rojas, es el de La Gruta Simbólica, el grupo conformado

por varios periodistas, poetas y narradores que durante los años en que transcurrió la Guerra de los Mil Días (1899-1903) se caracterizó por el humor que la mayoría de sus integrantes demostró en sus escritos (columnas periodísticas, memorias personales o de grupo, poemas, cuentos, etc.). Otra característica de este grupo era la de reunirse en bares ubicados en el barrio Las Nieves o cerca a la plaza de Bolívar, recorridos que muchas veces y ante el cierre de los establecimientos los llevaban de cantina en cantina sin importar la hora de la noche, a pesar del toque de queda imperante y la presencia de la policía y el ejército en las calles del hoy centro de Bogotá. ¿Pero qué es la bohemia exactamente, o cuál es su intento de definición más adecuado? El mismo Bernardo Rojas la entiende como:

Una forma modernista de asumir esos procesos de transformación económica, política y social [en que se ven sumidas las ciudades]. La queja del bohemio, ya que ello resulta inocultable, es, muchas veces, en contra de un mundo que se está mecanizando, que se hace esclavo del reloj y que quiere regular todos los órdenes de la existencia. El bohemio hace una resistencia, más o menos consciente, frente a todos estos cambios, y para ello lleva una vida que parece contradecir esos presupuestos modernizadores. No es por ende fortuito que un aire de decadencia acompañe estas manifestaciones y que sus referencias vitales y bibliográficas estén en Europa, y sobre todo en Francia. (Bernardo, 142).

Según el investigador Gilberto Gómez Ocampo en su libro *Entre María y La Vorágine: la literatura colombiana finisecular (1886-1903)*, si estos escritores son identificados por la crítica literaria nacional como bohemios, esta denominación sirve también para indicar una condición rara vez mencionada en los análisis sobre esta figura en nuestro país y es el vínculo que este personaje puede tener con el canon literario colombiano existente hasta el momento y, lo más relevante, la labor que tiene en la sociedad y en

los procesos modernizadores que tienen lugar en ella y en su escenario por antonomasia: la ciudad.

Para Gómez Ocampo, la figura del autor bohemio:

Señala una transición importante en el papel que el autor como tal pasa a ocupar en el nuevo siglo. Consideremos que el aspecto más relevante en este cambio es el hecho de que el autor ha perdido poder y ya no solamente no escribe desde posiciones de poder legal [como Núñez y Caro] o desde una perspectiva política militante [Vargas Vila y Juan de Dios Uribe] sino, como Soledad Acosta, desde posiciones marginales. En el caso de Soto Borda el artista está enmarcado por la típica bohemia: el café de la esquina y el grupo de estrechos camaradas, generalmente embarcados en una publicación literaria, Revista Gris, en el caso de los de La Gruta Simbólica. El espíritu iconoclasta del grupo se manifiesta en el nombre de su revista, opuesto irónica pero benévolamente al azul rubendariano (151-152).

La Gruta Simbólica estuvo integrada, entre otros, por Rafael Espinosa Guzmán, en su casa tuvo lugar la reunión en la que “se creó” el grupo; el poeta boyacense Julio Flórez, quien escribió algunos versos dedicados al grupo y sus actividades; Luis María Mora “Moratín”, ensayista y cronista, quien dejó para la posteridad su libro *Los contertulios de La Gruta Simbólica* (1936), publicado treinta años después de los sucesos que narra en este; y quizá su figura más interesante y versátil literariamente hablando, Clímaco Soto Borda, auténtico humorista de profesión, cofundador y columnista de varios periódicos, sonetista y autor de probablemente la primera novela urbana del país, *Diana Cazadora: novela basada en los acontecimientos de 1900* (publicada en 1915), además de un libro de relatos que le antecedió, *Polvo y ceniza* (1906), ambas obras con personajes y costumbres bogotanas reconocibles.

Luis María Mora explica en su libro sobre La Gruta Simbólica los orígenes fortuitos del

## **El espíritu iconoclasta del grupo se manifiesta en el nombre de su revista, opuesto irónica pero benévolamente al azul rubendariano (151-152).**

grupo y describe un poco el ambiente que se respiraba en la Bogotá de entonces, en donde uno de los últimos hechos de mayor conmoción en cuanto a las artes y la literatura había sido el suicidio de su poeta más famoso, José Asunción Silva. Según el cronista, algunos de sus amigos poetas no pudieron regresar temprano a sus casas y antes de verse sorprendidos y aprehendidos por el toque de queda impuesto por las autoridades, se encaminaron hacia la casa de Rafael Espinosa Guzmán, que quedaba cerca del último bar o café en donde departieron y estuvieron bebiendo hasta altas horas de la noche. “Muchos de los que frecuentaban esta Gruta Simbólica eran poetas taciturnos, desencantados, bohemios que buscaban la doncella de la muerte, del olvido y del vino. La época no podía ser más sombría: eran los tiempos de la guerra cruel de 1900 y de la separación de Panamá” (Mora 40).

En efecto, el panorama que presentaba el país pero sobre todo Bogotá a comienzos de siglo estaba lejos de parecerse al deseado por el Estado y la sociedad colombiana a pocos años de la celebración del centenario de la Independencia. Entre otras circunstancias, la Guerra de los Mil Días y la posterior separación y pérdida territorial de Panamá (1903), además del fin del gobierno del presidente Rafael Reyes luego de casi cinco años al frente del poder (1904-1909),

contribuyeron a que algunos sectores sociales de la capital no se mostraran tan entusiasmados con la idea de celebrar el centenario, pues la situación tanto socioeconómica como política de Colombia y del mundo entonces era poco estable y conflictiva.

Sin embargo, hay que destacar que a pesar de la crisis, se obtuvieron algunos avances en obras de infraestructura vial y de ferrocarriles (por esos años llegó el primer automóvil al país y se construyeron y prolongaron varias líneas férreas, sobre todo hacia el río Magdalena), y el número de exportaciones de productos colombianos hacia el exterior se incrementó y se mantuvo constante (el café, el caucho, el petróleo, etc.). Esto hizo que a pesar de las dificultades que suponía un evento de tanta importancia, se pudiera realizar con la participación, limitada por las élites, de la gente que vivía en los barrios que conformaban la Bogotá de entonces; pues fue en esta ciudad en la que se concentraron en su mayor parte los festejos de conmemoración de la Independencia.

## La exposición del Centenario y el cercano sector de San Diego

En su artículo "¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la exposición del Centenario, 1851-1910", el historiador Frédéric Martínez nos ofrece una de las imágenes más fieles de lo que fue esta celebración, en la que aparte de conmemorar una fecha histórica, el objetivo real fue generar en la mente de sus visitantes el imaginario de un progreso material comparable, aunque con reservas, al visto en las exposiciones europeas del siglo anterior; y que contribuiría a la "inminente y necesaria" industrialización del país, a su entrada a la modernidad y al capitalismo en boga de las economías más fuertes e importantes del mundo. La exposición fue un éxito, muy a pesar de los materiales utilizados en la construcción de los pabellones (madera y cemento), a los altos costos que representó su edificación para la

debilitada economía nacional, y al escaso valor estético y funcional que tuvieron para la ciudadanía en los años venideros:

La Exposición del Centenario, último producto de la fascinación por las exposiciones universales, se impone también como la primera empresa oficial de difusión masiva de una identidad visual de la nación. Restringida a los pilares del orden social (la Iglesia, los próceres), a las diversiones populares organizadas por las autoridades, y a las aficiones civilizadoras de las élites (el hispanismo académico, el modernismo industrial), la representación de la nación finalmente dibujada en 1910 ofrece ante todo un reflejo fiel de la jerarquía social colombiana. En eso, más que en la representación de una nación hipotética, el Centenario proporciona el retrato de una sociedad cuya estructura jerárquica es, ella sí, bien real (Martínez 323).

De lo anterior, no hay nada más ilustrativo que una lectura de uno de los poemas escritos por Jorge Bayona Posada, quien en la primera parte de "Dualidad" recoge una de sus impresiones al visitar el parque de La Independencia, en especial el pabellón de bellas artes donde a cargo de Don Andrés de Santamaría, pintor bogotano y director de la Escuela de Bellas Artes de la ciudad, tuvo lugar el Salón de Artes de 1910<sup>1</sup>:

Es en la exposición. Por los salones una  
lujosa multitud pasea, admirando las  
múltiples ficciones que el lienzo exhibe  
y el escoplo crea: / Ya es un toque de  
luz agonizante que se prende a un portal;  
un árbol viejo que alarga un brazo al  
resplandor distante mendigando la gracia  
de un reflejo; / ramilletes galanos donde  
ríen las flores como bocas; un paisaje  
cuyos tenues colores se deslíen como unas  
curvas en el tul de un traje; / o Diana,

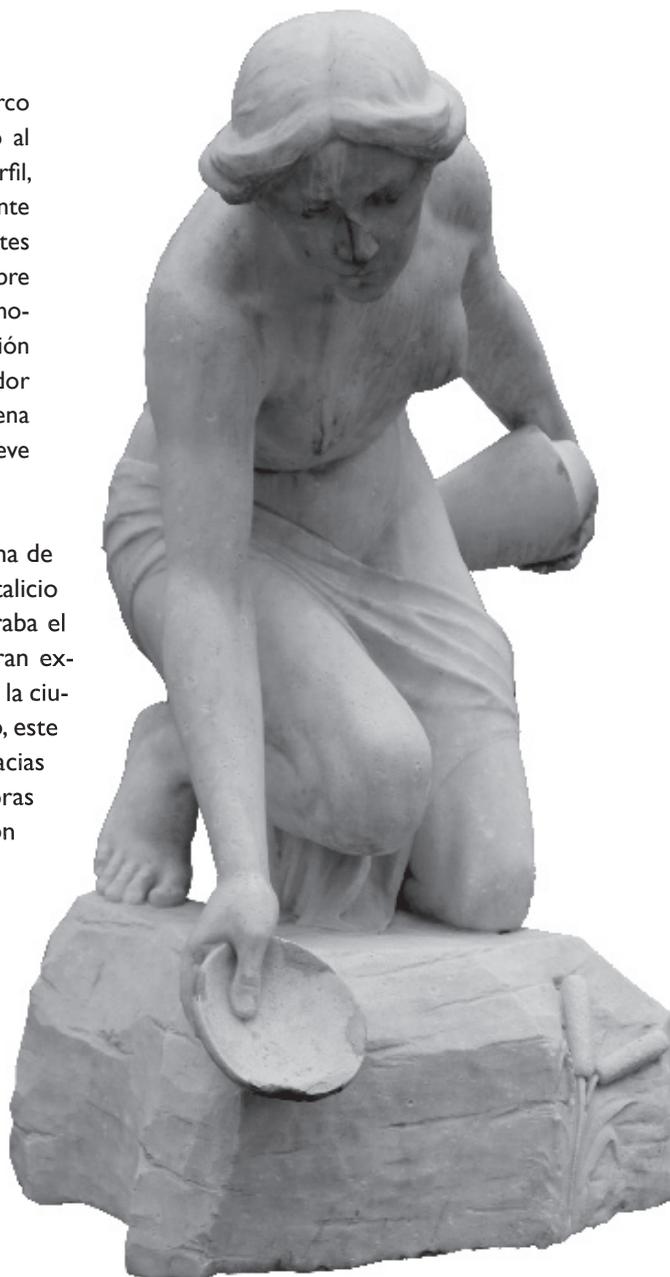
---

1 Para los interesados en el tema de la exposición artística de ese año, se recomienda consultar el artículo del historiador Alejandro Garay Celeita, "El campo artístico colombiano en el Salón de Arte de 1910". *Historia Crítica* n.º 32 (2006): 302-333.

la impecable, que en la diestra el arco empuña en ademán terrible, mirando al corso Emperador, que muestra su perfil, cual su gloria inconfundible. / El ambiente es propicio al flirt; esencias enervantes provocan tentaciones, y el Arte encubre amables confidencias y se presta a amorosas sugerencias. / Finge la Exposición una colmena donde el enjambre bullidor se mueve, y la rosa, el clavel y la azucena son la escultura, el cuadro y el relieve (Bayona57-58)<sup>2</sup>.

En 1883, ante la ausencia de una zona de recreación urbana y en homenaje al natalicio del Libertador Simón Bolívar se inauguraba el parque Centenario, que ocupaba una gran extensión de tierra en el extremo norte de la ciudad, casi en los extramuros. Sin embargo, este sector solo pudo integrarse a Bogotá gracias a que entre las múltiples obras y mejoras urbanísticas realizadas para la celebración de la Independencia se incluyó la del tranvía. Así, poco a poco, el parque Centenario pasó a convertirse en uno de los lugares más frecuentados por los bogotanos, en especial, los fines de semana, festivos y días patrios. En 1926 se rodarían escenas de la película *Garras de oro* en el parque de La Independencia, y escenas de otra película llamada *Alma provinciana*, tendrían como fondo a la escultura de la Rebeca, recién instalada en julio de ese mismo año en el parque Centenario<sup>3</sup>.

En su libro *Cuando Bogotá tuvo tranvías y otras crónicas* (1973), el abogado y periodista



La Rebeca. Escultura situada en Bogotá en el barrio San Diego. Fue instalada en 1926 en el Parque del Centenario, que desapareció en 1958, cuando se ejecutaron las obras de ampliación de la calle 26. Fotografía: Pedro María Mejía Villa.

- 
- 2 Nicolás Bayona Posada es el compilador de una antología de textos de varios autores reunidos en ocasión del cuarto centenario de la fundación de Bogotá (1938) llamada *El alma de Bogotá*, publicada ese mismo año. Un trabajo interesante y bien documentado sobre ese libro, pero sin publicar, es el de Amada Carolina Pérez, "La invención del 'cachaco' bogotano: crónica urbana, modernización y ciudad en Bogotá durante el cuarto centenario de su fundación, 1938", realizado para optar al título de historiadora en la Pontificia Universidad Javeriana (2000).
  - 3 Algunos fotogramas de esas películas se pueden ver en el libro de la politóloga Nazly Maryith López Díaz, *Miradas esquivas a una nación. Reflexiones en torno al cine silente de los años veinte y la puesta en escena de la colombianidad*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo. 2006.

**"Acá, en nuestras alturas, en donde el vino cuesta tan alto precio, la cerveza lo suple entre las clases acomodadas, y es de desearse que pueda el precio ponerla al alcance de las pobres para empezar a librarle combate a la dañosa chicha".**

Andrés Samper Gnecco menciona a uno de los personajes pintorescos del parque, lo que nos da una idea de la función recreativa a la que estaba destinado este sitio, sobre todo entre los niños, quienes eran los que más lo disfrutaban:

Con los tranvías, Bogotá estrenó dos parques, situados –ambos– en la calle 26. Del camino real (hoy carrera 7) hacia occidente quedaba el llamado parque Centenario. En él, rigurosamente vestido de cúbito y levitón, el señor Peinado (jamás apellido alguno coincidió mejor con su titular) entregaba a los niños que ya se habían acaballado en los corceles de palo de su tiovivo, pequeños floretes con los cuales, tan pronto se ponía este en marcha gracias al empuje más que bruto que le daban dos indianazos para hacerlo girar, podían enganchar argollas plateadas o doradas que otorgaban el derecho de permanecer a bordo, de balde, por unas

vuelgas más. Con leontina y reloj en mano, el erguido y solemne propietario esperaba el momento de su omnipotencia para dar la voz de mando que la chiquillería le solicitaba con insistencia gritando: "Fuerza, señor Peinado, fuerza" (Samper 48).

Bogotá tenía, a comienzos del siglo XX, un poco más de cien mil habitantes; ante la falta de zonas de recreación y esparcimiento para sus ciudadanos, no resulta difícil imaginar que tanto el parque Centenario como el Bosque de los Hermanos Reyes (luego llamado parque de la Independencia) eran sitios muy concurridos, y también muy utilizados para ferias y exposiciones, como ocurrió en julio de 1907, con la exposición efectuada en el parque Centenario y que se considera, junto con varias realizadas en el siglo XIX pero en otros lugares de la ciudad, como un preámbulo de la exposición de 1910.

Al poco tiempo de establecerse la Cervecería Bavaria en sus cercanías, se fundó el barrio La Perseverancia, en un sitio llamado Altos de San Diego, en tierras compradas por el alemán Leo Sigfried Kopp, fundador de la cervecería. Este barrio es conocido por ser el primero de su tipo en Bogotá, pues en él vivían los trabajadores de la cervecería, en su mayoría obreros, que construían sus humildes viviendas en las inmediaciones de la fábrica.

La cercanía del parque Centenario a la fábrica de la Cervecería Bavaria, establecida en mayo de 1891 en los terrenos que hoy ocupa el parque Central Bavaria, es un hecho que no deja de llamar la atención, en especial cuando según don Miguel Samper, empresario y hermano del también santafereño José María Samper, escritor y político del siglo XIX, la fábrica es:

El más grande establecimiento de la ciudad, y produce el saludable líquido de muy buena calidad. Acá, en nuestras alturas, en donde el vino cuesta tan alto precio, la cerveza lo suple entre las clases

acomodadas, y es de desearse que pueda el precio ponerla al alcance de las pobres para empezar a librarle combate a la dañosa chicha (Samper 115).

Afirmación premonitoria la de Don Miguel (1896), pues en 1910, con motivo del centenario de la independencia, la cervecería lanzó al mercado “La Pola”, una bebida en homenaje a la heroína Policarpa Salavarrieta que además de la calidad de su sabor tenía un precio accesible, con lo que obtuvo una gran acogida desde entonces entre los habitantes de la ciudad, relegando a la chicha y su consumo casi al olvido, aún entre la gente más pobre, quienes habitualmente preferían esta última. Con el paso del tiempo, la expresión “Pola” se convertiría en el término para denominar a la cerveza en el interior del país.

El auténtico clímax de los festejos, como podemos imaginar, fue la Exposición Agroindustrial de 1910, que no solo sirvió para inaugurar el parque de la Independencia con los acostumbrados concursos y recitales de artes plásticas, literatura y música, respectivamente, característicos de los eventos oficiales y de sociedad de la época, sino que, además del espectáculo de las luces que alumbraban el espectral recinto por las noches, también sirvió para confirmar el gusto de los capitalinos por uno de los inventos más recientes y maravillosos de entonces: el cine. Al igual que tres años antes, en uno de los pabellones del parque, el de la Industria, tuvieron lugar varias exhibiciones cinematográficas (nocturnas) que mostraban escenas en las que aparecían desde procesiones religiosas y corridas de toros hasta el mismo presidente de la república, en un rápido y certero registro de cómo transcurría la vida en algunos pueblos y ciudades del país.

Sin embargo, el máximo enemigo de las obras del hombre, más que la naturaleza, parece ser el tiempo. O una mezcla de los dos. Los cambios no se hicieron esperar, y en una anécdota el escritor Germán Arciniegas escribiría, años más tarde, sobre el sector de San Diego, cercano al parque de la Independencia, lo siguiente:

La iglesita de San Diego era un farol en la puerta de Bogotá, que alumbraba por una cara al Panóptico, por la otra al asilo de locos, y por la otra al cementerio. Hoy la cárcel está convertida en el Museo Nacional. Lo que fue el patio, en donde estuvo el hombre fiero y otros criminales, son los jardines de una escuela. El asilo de locos, que fue luego la escuela militar, es hoy el Hotel Tequendama y un alegre centro comercial. Y el cementerio (posiblemente se refiera al Central) sigue siendo la colección de muertos católicos, suicidas y protestantes. En torno, barrios residenciales (Arciniegas 470-471).

Pero ni el parque de La Independencia se salvaría de la suerte que tuvieron los sitios del sector que nombra Arciniegas. La inauguración del parque Nacional en 1934 y del Lago Gaitán en 1936, un lago mandado a construir por este dirigente político durante su paso por la alcaldía y que estaba en donde hoy se ubica el sector comercial de El Lago, se convertirían en una significativa muestra del interés de los alcaldes de la ciudad por la construcción y apertura de nuevos parques que cumplieran la función asignada en un principio a los de la Independencia y el Centenario, una decisión en parte motivada ante el rápido crecimiento tanto poblacional como espacial de la ciudad hacia el norte y, además, por lo poco rentable que resultaba el cuidado y mejoramiento de los anteriores.

Así, durante un par de décadas posteriores a 1910, el parque de la Independencia tendría instalado en su interior, sin utilidad permanente y en ruina, los abandonados pabellones de artificio y olvidadas estatuas de próceres erigidos para la ocasión, hasta que las excavaciones adelantadas por la administración del alcalde Fernando Mazuera Villegas (1948) para ampliar el trazado de la calle 26, obligaron a desmantelar dichas instalaciones y a enviar algunas de sus esculturas a otras plazas y lugares de Bogotá. La calle 26 también acabaría con el parque Centenario al atravesarlo, dejando una pequeña rotonda con la escultura de La Rebeca en el



Iglesia de San Diego. La construcción de este templo católico data de principios del siglo XVII. Fotografía: Pedro María Mejía Villa.

medio, al modo de una herida de muerte para una ciudad que recién empezaba a afrontar la modernidad en sus múltiples y variables formas.

### Para el recuerdo

Por cuestiones de tiempo, porque cronológicamente como grupo se disolvieron mucho antes de las celebraciones, se puede afirmar que los contertulios de La Gruta Simbólica no participaron de la fiesta preparada por el gobierno de turno para conmemorar el centenario de la independencia, como sí ocurrió con doña Soledad Acosta de Samper, probablemente la escritora más importante del siglo XIX en nuestro país, y quien fuera esposa del también escritor José María Samper, cofundador de la actual Universidad Nacional de Colombia. En 1905 Julio Flórez tuvo que abandonar el país y a su regreso, en 1909, se radicó en Usiacurí, un pueblo del departamento del Atlántico del que saldría pocas veces, en su mayoría para ofrecer recitales de su obra poética en Bogotá y en Barranquilla, hasta su muerte, ocurrida en 1923.

Soto Borda siguió viviendo en la capital, años en los que se dedicó a publicar poesía, *Salpique de versos* (1912), en colaboración con Enrique Álvarez Henao, también poeta y compañero de estudio en el Colegio del Rosario de Luis Antonio Mora, y al periodismo, pues a lo largo de su vida colaboró en varios de los periódicos de la época fundados por él o por sus amigos. Justamente en uno de esos publicó un poema dedicado a los barrenderos en el que anticipaba, no sin cierta ironía, la cantidad de actos cívicos y por consiguiente, de oradores y de discursos que en ellos habría, al aproximarse la fecha indicada para el comienzo de los festejos en la ciudad, el 20 de julio de 1910:

Es la hora en que la luz aplaca los luceros ante su majestad la blanca Aurora, y limpian la ciudad los barrenderos / Hay tanto que barrer... Qué noble obra! Tanto mal, tanto enjuague, tan impura la misma luz del sol, tanto que sobra, y el burgués... y el político en la altura que al pueblo oprime y sus afanes cobra... ¡Por fin hay que barrer tanta basura! / A barrer... a barrer, es ne-

cesario que no volvamos a la Patria Boba, quién pudiera dar luz al Centenario, quién pudiera alumbrar nuestro Calvario, quién pudiera volver la pluma escoba! (Soto Borda, citado en Pereira).

Por lo visto, la irreverencia y el humor de estos bohemios poco tenían que ver con el ruido de las máquinas y de los inventos, del concreto usado en las edificaciones y de las modernas luces que engalanaron los sitios de celebración, así como de las infaltables elegías a los protagonistas de lejanas batallas y de tiempos más heroicos. Tal vez la más apasionada pero justa descripción de ellos la hace el escritor y periodista bogotano José Antonio Osorio Lizarazo<sup>4</sup> en una pequeña crónica publicada en el periódico *El Tiempo* en 1939 para recordar y homenajear a los admirados hombres de letras y periodismo de su infancia:

Pero ellos, nuestros inmediatos antecesores, con los cuales, en la adolescencia, que empieza a ser remota, alcanzamos a ir de juerga y a trasnochar, era menos compleja y más diáfana. Tenían tiempo de mantener incólumes sus entusiasmos, de trabajar con pausa, y de tomar el trago como una oportunidad para desarrollar las propias facultades y no como un impulso codicioso de ganar dinero. Por eso, despreocupados y alegres, hacían de cada cosa terrible pretexto para un epigrama.” Y añade en tono no menos exaltado y anacrónico que sus elogiados: ¡Cómo menospreciamos, y con cuánta injusticia, toda esa sencillez, toda esa simplicidad en los placeres, los que pertenecemos a posteriores generaciones!” (Osorio 340).

## Referencias

- ARCINIEGAS, GERMÁN, “El Padre Almanza”. *América nació entre libros*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia, 1996.
- BAYONA, DANIEL, Jorge Bayona y Nicolás Bayona, *Poesía rústica y poesía romántica*. Bogotá: Imprenta Banco Popular, 1983.
- BERNARDO, MANUEL, “Cantar de amigos y de copas. Notas sobre el Medellín bohemio. Modernidad, sentido urbano y periodización de la bohemia”. *Revista Credencial Historia*. BLAA. 20 sep. 2011 <<http://www.banrepultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/octubre2001/cantar.htm>>.
- COLÓN, LUIS CARLOS, *La ciudad de la luz: Bogotá y la exposición agrícola e industrial de 1910*. Bogotá: Alcaldía Mayor de Bogotá, Corporación La Candelaria, 2004.
- GÓMEZ-OCAMPO, GILBERTO, *Entre María y La Vorágine: La literatura colombiana finisecular (1886-1903)*. Bogotá: Ediciones Fondo Cultural Cafetero, 1988.
- MARTÍNEZ, FRÉDÉRIC, “¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la exposición del Centenario, 1851-1910”. *Museo, memoria y nación*. Ed. Gonzalo Sánchez y María Emma Wills. Bogotá: Ministerio de Cultura, Museo Nacional, 2000. 323.
- MORA, LUIS MARÍA, *Los contertulios de la Gruta Simbólica*. Bogotá: Biblioteca Aldeana de Colombia, 1936.
- OSORIO, JOSÉ ANTONIO, *Novelas y crónicas*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura. 1978.
- PEREIRA, ALEXANDER, “Cachacos y guaches: la plebe en los festejos bogotanos del 20 de julio de 1910”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 19 oct. 2011 <<http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/viewFile/23182/23918>>.
- SAMPER, ANDRÉS, *Cuando Bogotá tuvo tranvías y otras crónicas*. Bogotá: Villegas Editores, 1990.
- SAMPER, MIGUEL, “Retrospecto”. *La miseria en Bogotá*. Bogotá: Colseguros, 1998. 115.

4 Un importante y reciente estudio sobre las novelas urbanas de Osorio Lizarazo y de la vida en Bogotá de los años en que aparecieron sus primeras obras, desde comienzos de la década del treinta hasta mediados de la del sesenta, es del investigador y crítico literario Edison Neira Palacio: *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo*. Medellín: Fondo Editorial Universidad Eafit. 2004. ■